

*Románticos somos... ¿Quién que Es, no es romántico?
Aquel que no sienta ni amor ni dolor,
aquel que no sepa de beso ni cántico,
que se ahorque de un pino, será lo mejor...*

*Yo no. Yo persisto. Pretéritas normas
confirman mi anhelo, mi ser, mi existir.
¡Yo soy el amante de ensueños y formas
que viene de lejos y va al porvenir!*

El poeta que, derrotado, engañado, explotado y derrumbado por la enfermedad, envilecido por la falsa adulación y atormentado por el temor a la muerte y la pobreza de la vida, podría haber llegado al suicidio; pero siente rejuvenecer su optimismo triunfal entre los pinos robustos de la Isla de Oro. «... ¡Mas es mía el Alba de Oro!»

La ciudad de Palma y el mar inspiraron breves poemas magistrales al poeta:

VESPER

*Quietud, quietud... Ya la ciudad de oro
ha entrado en el misterio de la tarde.
La catedral es un gran relicario.
La bahía unifica sus cristales
en un azul de arcáicas mayúsculas
de los antifonarios y misales.
Las barcas pescadoras estilizan
el blancor de sus velas triangulares
y como un eco que dijera «Ulises»
junta alientos de flores y de sales.*

Poemita clásico de perfección y anuncio ya de las vanguardias en las síntesis de sus nuevas metáforas complejas. Luego, el poeta medita junto al mar Mediterráneo, no el mar gris de la siesta del Trópico, sino el azul lago de Europa, Africa y Asia, que baña la placidez de las Baleares.

EHEU!

*Aquí, junto al mar latino,
digo la verdad:
Siento en roca, aceite y vino,
yo mi antigüedad...*

*El conocerme a mí mismo,
ya me va costando
muchos momentos de abismo
y el cómo y el cuándo...*

*Y esta claridad latina
¿de qué me sirvió
a la entrada de la mina
del yo y el no yo?...*

*Como en medio de un desierto
me puse a clamar;
y miré al sol como muerto
y me eché a llorar.*

Los «lúgubres atardeceres» de que habla a su amigo el pintor mexicano Ramos (8), con quien iba el poeta por los bosques «a cazar colores» e ilusiones, siempre deprimían su ánimo. Pero se sentía revivir con cada amanecer promisor. Como en la bucólica pintura virgiliana de «Valldemosa»:

*Vago con los corderos y con las cabras trepo
como un pastor por estos montes de Valldemosa,
y entre olivares pingües y entre pinos de Alepo
diviso el mar azul que el sol baña de rosa.*

*Y en tanto que el Mediterráneo me acaricia
con su aliento yodado y su salino aroma,
creo mirar surgir una barca fenicia,
una vela de Grecia, un trirreme de Roma.*

*Y me saca de mi éxtasis en la dulce mañana
el oír que del campo cercano llegan unas
notas de evocadora melopea africana
que canta una payesa recogiendo aceitunas.*

*Pian los libres pájaros en los vecinos huertos;
se enredan las copiosas viñas a las higueras,
y muestra el sexual higo de labios entreabiertos
junto al ámbar quemado de las uvas postreras.*

*Plinio llama Baleares funda bellicosas
a estas islas hermanas de las islas Pytiusas;
yo sé que coronadas de pámpanos y rosas
aquí un tiempo danzaron ante la mar las musas.*

*Y si a esta región dieron Catarina y Raimundo
paz que a Cristo pidieron Raimundo y Catarina,
aún se oye el eco de la flauta que dio al mundo
con la música pánica vitalidad divina.*

Alguien ha dicho que en el reposo de la Isla de Oro le hizo falta al poeta un tratamiento médico-científico contra el alcoholismo. ¿No

(8) RUBÉN DARÍO: «A un pintor», O. C., p. 825.

recuerdan que el poeta, hasta con el cabello gris se acercaba a los rosales del jardín? ¿Y que, mientras rezaba el rosario en la Cartuja mirando al mar, no podía dejar de mirar las viñas —¡ay, madres del vino!— junto a las aceitunas que dan óleo a las lámparas. Y no podía dejar de recordar a Pan junto a los místicos deliquios del beato alquimista Raimundo Lulio?

En su «Epístola a la señora de Leopoldo Lugones», comenzada en Francia y terminada en Mallorca, le conversa de su vida en la isla y saltan las opuestas preocupaciones de su mente al verso fácil de su carta:

*Hoy, héme aquí, en Mallorca, la terre dels forners,
como dice Mossén Cinto el gran Catalán.
Y desde aquí, señora, mis versos a ti van,
olorosos a sal marina y azahares,
al suave aliento de las islas Baleares.*

*Hay un martan azul como el Partejopeo;
y el azul celestial, vasto como un deseo,
su techo cristalino bruñe con sol de oro.
Aquí todo es alegre, fino, sano y sonoro...*

Y en medio del huerto lejano del bullicio, «con arbolitos verdes llenos de mandarinas», rodeado de conejos y gallinas, le cuenta cómo observa en el mercado, cuando baja al pueblo, a las muchachas:

*Las mallorquinas usan una modesta falda,
pañuelo a la cabeza y la trenza a la espalda...*

«Payesas, con sus negros corpiños, con cuerpos de odaliscas y con ojos de niños»..., saludan «con un *bon dí tengui* gracioso, entre los cestos llenos de patatas y coles»... Se lamenta el poeta por haber llegado tarde a estas islas de paz.

*La isla es florida y llena de encanto por todas partes.
Hay un aire propicio para todas las artes.
En Pollensa ha pintado Santiago Rusiñol
cosas de flor, de luz y de seda de sol.
Y hay villa de retiro espiritual famosa:
la literata Sand escribió en Valldemosa
un libro. Ignoro si vino aquí con Musset,
y si la vampíresa sufrió o gozó, no sé...*

Y en nota agrega:

*He leído ya el libro que hizo Aurora Dupín.
Fue Chopín el amante aquí ¡Pobre Chopín!*

Y luego comenta pensando en su propia experiencia:

*¿Por qué mi vida errante no me trajo a estas sanas
cosas antes de que las prematuras canas
de alma y cabeza hicieran de mí la mescolanza
formada de tristeza, de vida y esperanza?
¡Oh, qué buen mallorquín me sentiría ahora!
¡Oh, cómo gustaría sal de mar, miel de aurora,
al sentir como en un caracol en mi cráneo
el divino y eterno rumor mediterráneo!...*

En el invierno de 1906-1907 escribe «Pájaros de las islas», en los que encuentra «una voluntad..., un arte secreto y una divina ciencia, gracia de eternidad».

Esa mescolanza de esperanza y muerte, de vida pagana y aliento cristiano encuentra un símbolo en «Los olivos» plantados en su huerto por la pintora Pilar de Sureda, su huésped.

Dice el poeta a Juan Sureda:

*Los olivos que tu Pilar plantó son ciertos.
Son paganos, cristianos y modernos olivos,
que guardan los secretos deseos de los muertos
con gestos, voluntades y ademanes de vivos...*

Pero, naturalmente, el poema central de toda su maravillosa obra mallorquí son los veinte cuartetos endecasílabos de «La Cartuja»:

*Este vetusto monasterio ha visto,
secos de orar y pálidos de ayuno,
con el breviario y con el Santo Cristo,
a los callados hijos de San Bruno.*

*A los que en su existencia solitaria,
con la locura de la cruz y al vuelo
místicamente azul de la plegaria,
fueron a Dios en busca de consuelo.*

.....

*¡Ah, fuera yo de esos que Dios quería,
y que Dios quiere cuando así le place,
dichosos ante el temeroso día
de losa fría y Requiescat in pace!*

*Poder matar el orgullo perverso
y el palpitante de la carne maligna,
todo por Dios, delante el universo,
con corazón que sufre y se resigna.*

.....

*Y al fauno que hay en mí darle la ciencia
que al ángel hace estremecer las alas.
Por la oración y por la penitencia
poner en fuga a las diablasas malas...*

El poeta—hombre sincero y cristiano— conoce sus flaquezas y pide a Dios «otros ojos, no estos ojos vivos que gozan en mirar»; otra sangre, que le deje «las venas de quietud y en paz los sesos»; otra boca, «y no esta boca en que vinos y besos aumentan gulas de hombre y de poeta».

Para, finalmente, quedar libre. Libre de sus diablasas que amó tanto y del fauno que en su juventud montó potro sin freno, libre en paz:

*Y quedar libre de maldad y engaño,
y sentir una mano que me empuja
a la cueva que acoge al ermitaño
o al silencio y la paz de la Cartuja.*

Pero muy pronto estará el poeta en París y responderá a Lugones «Cómo las ilusiones—reviven a los sones—del canto fraternal»; y en su «Pequeño poema del Carnaval» concluye:

*Sepa la primavera
que mi alma es compañera
del sol que ella venera
y del supremo Pan. (Pudo agregar y del
Y que si Apolo ardiente [supremo Baco.)
la llama de repente,
contestará: ¡Presente,
mi capitán!*

Sin embargo, sus caídas, como se verá luego, no indican falta de sinceridad en el remordimiento y el propósito, sino falta de fuerza de voluntad y de disciplina. Veremos cómo su conversión—religiosa y moral—de Mallorca le iluminará los últimos años y alentará en los últimos versos y los últimos supremos instantes.

LA NOVELA DE LA ISLA DE ORO

Darío escribió tres novelas. La primera, en colaboración con su amigo chileno, Eduardo Poirier, *Emelina*, que se llamó primero *Carne*, fue repudiada por Darío, pero reimpressa más tarde en París. La publicó en Chile en 1887. La segunda se titula *El hombre de oro* y fue escrita y publicada en Buenos Aires, en 1897, en la *Revista de la Bi-*

biblioteca, fundada y dirigida por el gran escritor francés-argentino Paul Groussac. La tercera novela, escrita en Mallorca, se llamó *Oro de Mallorca* (1913). Oliver Belmás dice (9): «No reproducen las Obras Completas de los editores de Darío los varios capítulos de la novela *Oro de Mallorca*, que en la hospitalidad de los Sureda escribiera. Solamente Edelberto Torres nos transcribe un capítulo, recogido por Arévalo Martínez en Guatemala. Y en el IV fechado en París, enero de 1914, es donde aún mejor que entre todo lo epistolar de este tiempo se halla la lucha entre el creyente y el racionalista, entre el hombre formado católico y el hombre a quien la influencia de Montalvo y de los anticlericales de Centroamérica y de París le habían relajado la fe. Esta novela, como es sabido, es autobiográfica y el personaje central—Benjamín Itaspes—, una proyección de Darío». En dicho capítulo IV escribe Darío de su protagonista, su doble: «Se le presentó en el panorama de su memoria su niñez perfumada de leyenda religiosa, de ingenua devoción, de piadosas prácticas...».

Edelberto Torres (10) escribe sobre la gestación de esta novela:

Los esposos Sureda, en quienes late un nobilísimo corazón y que intelectualmente están dotados de una gran capacidad comprensiva, no ahorran solicitud y cuidados con el exquisito neurótico. La voluntad de enmienda que por su parte pone, parece prometer una rectificación definitiva; pero sólo parece, porque en realidad la suspensión de la bebida dura apenas unos días.

Sin embargo, trabaja, y después de muchos años se propone una empresa como aquella que dejó inconclusa en Buenos Aires, cuando intentó hacer una novela. (También *El hombre de oro* quedó inconclusa.) Ahora quiere hacer *la novela de su vida*, dejar marcado el itinerario de su existencia con más cuidado y prolijidad que lo hizo al dictar su autobiografía. Con ese ánimo, emprende la novela *Oro de Mallorca*, en la que Benjamín Itaspes, que lo representa, empieza a contar las incidencias de su dolorosa vida... Al dejarla inconclusa pone un velo imposible de descorrer sobre sus más íntimas angustias, esperanzas y satisfacciones, así como sobre su procedimiento mental de trabajo y otras reconditeces de su complejo espíritu.

El crítico argentino Alberto Ghirardo publicó en la Editorial Zig-Zag, de Santiago de Chile, desgraciadamente sin fecha, la novela hasta entonces inédita *El hombre de oro*, fantasía bíblica en que «el hombre de oro» es Judas Iscariote, el traidor.

Bueno sería que, con ocasión de este centenario del poeta máximo de América, *La Nación*, de Buenos Aires, publicara en libro los capítulos de *Oro de Mallorca*, que vieron la luz en sus páginas hace

(9) OLIVER BELMÁS: *Op. cit.*, p. 306.

(10) EDELBERTO TORRES: *La dramática vida de Rubén Darío*. Editorial del Ministerio de Educación Pública. Guatemala, 1952.